

—¿Está en la cama?—preguntaron muchos.

—Sí, en la cama; y ha mandado al doctor Casado que vaya á verle.

—¡Anchoriz en la cama! ¡Al mediodía!

Consternación general; y aún más que eso, asombro; así, como si el sol á las *doce del día* no hubiera dejado todavía las ociosas plumas de su clásico lecho, ni los brazos de la deidad con quien el mito le supone *amontonado*.

VI

Sin acabar los postres, una comisión del seno... de la *mesa redonda* fué á visitar á don Mamerto á su cuarto, sin perjuicio de que todos los bañistas, uno por uno, acudiesen después á cumplir con este *deber elemental*, como lo calificó el representante del ministerio público, que, aunque á regaña dientes, se había reconciliado con el *Tenorio averiado*, gracias á la influencia de la fiscal.

El médico del establecimiento, muy amigo de divertirse y de tratar en broma la medicina, particularmente la hidroterapia, apenas había querido tomar el pulso ni mirarle la lengua á don Mamerto. «¿Qué había de tener Anchoriz? Nada. Al día siguiente ya estaría á las ocho tomando una

ducha...» Pues no estuvo. En vez de la ducha, tuvo que tomar con paciencia los 39 grados de fiebre con que Dios quiso... no probarle, que demasiado sabía Dios qué sujeto era Anchoriz, sino mortificarle.

Los dos primeros días de enfermedad don Mamerto, con la mayor finura del mundo, no permitió que los amigos y amigas que venían á verle entraran en su alcoba; no podían pasar del gabinete, que era como los demás de la casa, es decir, los de primera clase; con esta diferencia, que la mesa y la cómoda parecían escaparate de objetos de tocador: docenas de peines, de cepillos para la cabeza, para las uñas, para los dientes; jeringuillas á docenas también; cientos de botes, frascos, tarros, barras de cosméticos; triángulos de tul para fijar las guías del bigote; cajas de jabón; misteriosos artefactos de química, aplicada á la senectud refractaria; y mil cachivaches más de estuche, de neceser, de cuarto de cómico.

Desde el gabinete se le hablaba, y en la alcoba sólo entraban el camarero y el doctor. Al principio don Mamerto contestaba á las almas caritativas que le iban á preguntar por la salud, precisamente cuando la había perdido, con gran amabilidad, esforzando la voz para que le oyeran bien desde fuera, con el tono *correcto* y finísimo y jovial de siempre. Parecía pedir perdón al público por aquella molestia que le causaba tan inoportunamente

cayendo en cama é interrumpiendo la general alegría, que él había renovado. Tampoco él creía en la importancia de su mal á pesar de la fiebre; en este punto estaba de acuerdo con el médico de la casa. ¿Malo de cuidado él? No faltaba más.

Pero como la cosa se iba haciendo pesada, la fiebre no cedía, la debilidad iba trabajando, el cuerpo se le molía y el aburrimento le asediaba, don Mamerto, por las molestias, y el doctor, por la fiebre, empezaron á alarmarse.

La gente invadió la alcoba y el enfermo no tuvo fuerza para resistir la invasión. Es más: aunque tenía sus motivos para no dejar entrar á nadie, pudo más el deseo de ver seres humanos en rededor, de encontrar caras amigas que pudiesen mostrarle con gestos de compasión que participaban de su disgusto, aunque fuera en cantidades exiguas. Quería apoyarse en el prójimo para padecer; enterar al mundo enteró de aquel disgusto tan interesante: la enfermedad de Anchoriz; hasta deseaba contagiar el dolor á los demás, para ver si así él se libraba de penas.

Los bañistas, al ver en el *lecho del dolor* á don Mamerto, se hicieron cruces... mentalmente. ¡Lo que somos! ¡Es decir, lo que era Anchoriz! Con cuatro ó cinco días de fiebre, y de no pintarse, veinte años se le habían echado encima.

Parecía decrepito: parecía *su padre* resucitado. Bien conocía él qué efecto causaba, pero ya no es-

taba para vanidades y coqueterías; quería que le compadeciesen, ante todo. Y si; le compadecían; y le hacían mucha compañía, demasiada; parecía aquello un jubileo. ¡Qué entrar y salir! Todos le querían velar. Todos querían llevar cuenta con las horas de tomar medicinas y con las elases y porciones de éstas. Tocaron á poner sinapismos en las pantorrillas... y resultó que nadie sabía hacerlo con aseó y eficacia más que la fiscal. Esta señora no vaciló un momento, y los puso con gran pulcritud y manos de madre. Era de las damas que más asiduamente visitaban al enfermo; pero ya había notado Anchoriz que tomaba precauciones para no hacer ruido, para no molestarle, que tenían en olvido todos los demás. Cuando la sintió ponerle los sinapismos, advirtió, en la suavidad y calma con que la angulosa dama le movía el cuerpo y la ropa de la cama, algo así como un tierno recuerdo de la lejana infancia; pensó en la madre que había perdido muy pronto. Aunque era tan fea, sobre todo tan ridícula por su figura, por su empaque y por sus cómicas manías, le tomó apego y quiso que ella le arreglase el embozo y las almohadas. Era una delicia sentirla maniobrar con movimientos tan delicados y eficaces, que parecían caricias y medicinas.

Don Mamerto, con la debilidad, se hacía más observador, y empezó, como todo buen crítico, á ser algo pesimista respecto de las pequeñeces de

la vida ordinaria. No era oro todo lo que relucía. Echaba de ver que, los más, tomaban al cuidarle como un entretenimiento. Muchos hacían que habían. Y no pocos empezaban á cansarse. Algunos ya escaseaban las visitas y atenciones. Otros se le despidieron porque se les acababa la temporada, y *le dejaron solo*; es decir, sin el ancho mundo que ellos ¡egoístas! iban á cruzar, á correr, ¡á gozar!

¡Cosa más rara! El Anchoriz enfermo acabó por notar un gran parecido entre el carácter de todas aquellas personas tan sanas que le iban abandonando, y el carácter del Anchoriz, robusto y fresco, que él siempre había sido. Hacían con él lo que él siempre había hecho con todos. Pero no era lo mismo. En los demás no estaba bien.

VII

Aquel buen tiempo que parecía haber traído consigo Anchoriz, se fué al traste; los aguaceros volvieron á poner sitio á Termas-altas; parte de la *guarnición* sitiada se rindió al enemigo, el hastío, y salió de la plaza sin honores de ningún género, porque ya no estaba allí, á la puerta, don Mamerto, para despedir á los que escapaban, con la marcha real.

Unos le decían adiós y otros no. El fué notando la soledad. Sintió el terror de quedarse allí, atado al lecho, mientras poco á poco todos los bañistas iban desfilando. Ya era aquello un sálvese el que pueda.

En sus manías y aprensiones de enfermo, llegó á sentir la falta de *sociedad*, como él decía, tanto como la enfermedad misma; la fiebre le convertía el aislamiento en una desgracia. Más era. El quedarse tan solo, metido en aquel cuarto de una casa de baños, lo relacionaba él con la respiración, y cada vez que le anunciaban: «Se ha marchado también don Fulano», se le figuraba que le faltaba aire.

Quería oír ruido, aunque le molestase.

El médico le aconsejaba silencio y obscuridad, y él buscaba estrépito y luz. Hizo que le trasladasen la cama al gabinete; y de noche, mientras duraba la tertulia de los pocos huéspedes que quedaban, en el salón, que estaba más cerca, don Mamerto mandaba que abrieran la puerta de su habitación para oír fragmentos de las conversaciones. Se jugaba al tresillo, y lo que oía más á menudo era: «Espada, mala, basto. Estuche... Codillo...» y otras lindezas por el estilo.

Parecía mentira que hubiese en la casa personas que diesen tanta importancia al basto y aun á la espada, estando él tan malito, como sin duda se iba poniendo.

Sí, muy malo; valga la verdad. Lo sentía él, y además lo comprendía por ciertas señales: veía que el médico, Campeche, los criados, le trataban con el rencoroso cuidado que un enfermo grave inspira á los extraños que tienen que asistirle.

Aquello no era lo tratado: el Anchoriz sano, alegre como unas castañuelas, siempre sería muy bien venido; Anchoriz meramente *indispuesto*... podía pasar, hasta tenía cierta gracia por la novedad del caso. Pero Anchoriz... en peligro de muerte, y exigiendo días y días, noches y noches atenciones sin cuento... francamente era una sorpresa dolorosa. Una broma pesada.

O por darse importancia, ó porque fuera verdad, el médico dejó correr la voz de que acaso, acaso aquello *degeneraba* en tifoidea.

La frase, con la tal degeneración, no debía de ser suya, pero el temor á la tifoidea, sí.

A los pocos días ya no sintió Anchoriz las voces del salón; en vano hacía abrir la puerta; ya no oía: mala, basto, rey, fallo... Parecía mentira, pero aquellas palabras sin sentido ya para él, *estúpidas, indiferentes*, frías, habían llegado á hacerle compañía; le hablaban de una *humanidad* que existía, aunque muy lejana, muy lejana; eran como un barco que un náufrago ve en el horizonte... una esperanza que pasaba á muchas millas de sus ahogos.

Acabó el tresillo, acabó la tertulia; acababa to-

do; el señor Campeche tuvo que marcharse: ya no había huéspedes; ya se había despedido el cocinero francés *extraordinario*, la servidumbre también se había reducido muchísimo... Aquello estaría ya como en invierno..., si no fuera la inoportuna enfermedad del señor Anchoriz. El médico también se impacientaba. *Oficialmente* ya no tenía obligación de estar allí. Se habló de trasladar al enfermo á la capital. Imposible.

No hubo más viaje que volverlo á la alcoba, que le pareció antesala de la sepultura. En aquel *antro* apenas conocía á las pocas personas que se le acercaban. A la fiscalía, sí; la conocía por el tacto, por la dulzura maternal con que le movía en el lecho, con que le arreglaba las almohadas y el embozo. Los fiscales no se habían marchado. El tenía licencia larga y ella mandaba, por las buenas, en su marido. Eran ridículos, tiesos, á la antigua española; tenían ideas muy atrasadas y muy esclavas del mecanismo legal en asuntos de derecho; eran rigurosos y rutinarios en materia penal, porque lo era el Código; pero, por lo visto, eran excelentes personas. Acaso él no era más que un marido dominado por su mujer; pero ella, estuviera ó no enamorada de Anchoriz, como se había susurrado, sin respetar sus años, era, por los resultados á lo menos, un alma caritativa.

Sin la fiscalía, Anchoriz hubiera muerto como un perro; como un perro asistido por camareros.

No murió así. Fué de otro modo. Una noche, mientras le velaba un mozo de cocina... durmiendo á pierna suelta y roncando, don Mamerto se sintió muy mal. Llamó, dió gritos, no muy poderosos, y todo fué inútil.

Como si ya estuviese enterrado y despertara en la caja, empezó á dar puñetazos y patadas á la pared; no quería morir sin testigos... sin lástima. El mozo, nada, como un tronco. El pobre se había levantado á las cinco de la mañana, y había trabajado mucho.

Anchoriz, que no había necesitado soñar para tener en la vida muchas veces delante de sí encantadoras y voluptuosas apariciones, dignas del ensueño, en figura de mujeres esbeltas, lozanas, que en traje muy ligero se acercaban á deshora á su lecho de solterón, ahora veía, soñando, delirando tal vez, que de la obscuridad, que la luz de una lamparilla no hacía más que acentuar con un tinte de palidez, surgía un fantasma anguloso, flaco, la *muerte* con una cofia, figura de danza macabra.

No era la muerte; era la fiscalá, en camisa, con las manos colocadas como aconsejaba el pudor póstumo; horrorosa en su fealdad de media noche, pero movida por un espíritu de caridad, que no se destruía por completo, aunque la malicia tuviera razón, y viniese con el refuerzo de cierta curiosidad lasciva inútilmente, ó ridículamente románti-

ca y amorosa. Ello era que había que contentarse con lo que había.

La humanidad no ponía á disposición de Anchoriz en aquel trance supremo más que una vieja desdentada, fea, solemne y ridícula, llena de preocupaciones, y un poco piadosa.

Tal como era, se acercó al moribundo; y como no hubo tiempo para más, para llamar médico, cura, ni siquiera criados, ella sola se las arregló como pudo; y en los últimos momentos de extraña lucidez del gran egoísta, le habló de consuelos celestiales, le abandonó con ternura una mano escualida, á que él se cogió, apretándola, como si así pudiera agarrarse á la vida, y, como lloró él, y lloró ella, y hay *lugares comunes* cristianos que en ciertos momentos recobran una sublimidad siempre nueva, que sólo entienden los que se ven en supremos apuros, acaso acaso lo que pasó entre la vieja y el libertino, entre la honrada fiscalá y el viejo verde, fué la *aventura de faldas* más interesante con que hubiera podido entretener á los *comensales* de la *mesa redonda* el solterón empodernido... si hubiera podido contarla.